



LA GLOBALIZACIÓN CULTURAL Y LA IDENTIDAD

FRANCISCO JAVIER GUERRERO*

En la época porfirista, Alberto Correa, autor de la *Geografía de México*, señalaba que: “Los indios, por su carácter indolente, y más que nada por su falta de ilustración, constituyen en nuestro país un elemento casi nulo, siendo un factor insignificante en el consumo.” Agregaba que de la *raza* indígena podían hacerse tres grandes divisiones: “1. Indios de civilización primitiva, que son inteligentes y activos, conservan intactas sus antiguas costumbres y su idioma [...] consagrándose particularmente a la agricultura y algunas manufacturas ordinarias como fabricación de sombreros, esteras, trastos de barro, etc. 2. Indios degenerados, cuyas costumbres, idiomas y hasta su constitución física ha cambiado por completo, siendo indolentes, desaseados y de torpe inteligencia. 3. Indios bárbaros, que son péfidos, crueles, guerreros constantes, no reconocen las autoridades y viven del pillaje.”¹⁷

El libro de Correa se usaba como texto para estudiantes. Es de hacer notar

que, cuando menos, el autor desconoce que hay un grupo de indios *inteligentes y activos*, idea que no era privativa en el Porfiriato, ya que en ese tiempo los grupos dominantes consideraban que todos los indios tenían cierto tipo de incapacidad mental. Correa, sin embargo, pensaba siguiendo ideas del jesuita Francisco Javier Clavijero (1731-1787): Clavijero fue autor de la *Historia Antigua de México* y de las *Disertaciones*, en donde polemiza en contra de las concepciones de algunos europeos, como Buffon y Paw, que escribían acerca de la inferioridad de los americanos (es decir de todos los habitantes de América). Buffon había arribado a la conclusión de que incluso los animales del nuevo continente eran muy imperfectos en comparación con los del Viejo Mundo; eran especies degeneradas debido a la pobreza del ambiente americano. Clavijero fue un precursor ideológico de la Revolución de Independencia y trataba de demostrar que los mexicanos habían desarrollado una civilización importante antes de la conquista española y que tenían una identidad diferente a la hispana; constituían una nación, y por ende no tenían por qué someterse a la férula ibérica. Clavijero escribía que:

Después de una experiencia tan grande [...] protesto de Paw y a toda Europa, que las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos, que son capaces de todas las ciencias, aún las más abstractas, y que si seriamente se cuidara de su educación, si desde niños se crearan en seminarios, bajo buenos maestros y si

* Investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social.



*se protegieran y alentaran con premios, se verían entre los americanos filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los famosos de Europa. Pero es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias, en medio de una vida miserable y servil.*²

Clavijero y sus oponentes forjaban una controversia basándose en un hecho que hasta hace poco tiempo parecía incontrovertible: El que los miembros de una nación comparten un sustrato cultural común, el cual les proporciona una identidad. Hace tiempo escribí que la identidad social es una expresión ideológica que se traduce en una autorreconocimiento de membresía en un determinado grupo social, por parte de personas determinadas. Tal autorreconocimiento se da en función de una vinculación simbólica con un patrimonio cultural propio de ese agrupamiento, y este patrimonio se compone de elementos cuyas significaciones remiten a un sentimiento de pertenencia

por quienes se identifican con él (esto es mío o yo pertenezco a esto). Tal identidad es nacional si el agrupamiento en cuestión es un producto histórico que se ha conformado como nación, es decir, como una comunidad que posee o busca poseer un patrimonio territorial con un Estado soberano que lleva a cabo una integración económica, política y cultural.

Si bien la identidad social es un género frente a la especie nacional, ésta se constituye a la vez genéricamente frente a una serie de identidades étnicas, de clase social, regionales, de grupos profesionales, etcétera, que son a la vez identidades sociales, todo ello dentro de una dialéctica compleja. No se puede pretender que una identidad nacional pueda formarse a partir tan sólo de uno o unos cuantos modelos propuestos por uno o unos cuantos grupos; en la época moderna, el pluriculturalismo, lejos de ser una amenaza a la integración nacional, constituye su única defensa posible, ya que los patrones monoculturalistas cada vez encuentran más resistencia a lo largo de todo el planeta.³ Como veremos, lo que hoy se encuentra en discusión es que tan *propio* es un patrimonio cultural y si existen todavía Estados nacionales soberanos con base territorial definida.

Generalmente se admite que los nacionales de un país determinado tienen ciertos atributos y características, que permiten su pronta y segura identificación. Incluso lo que parece ser un mismo rasgo acaba por ser algo diferente según las poblaciones que lo posean. Así, Ikram Antaki escribe que:



...el machismo árabe es muy diferente del machismo mexicano. Mientras que este último agrega a sus innumerables gracias la sorprendente particularidad biopsicológica de crear hombres que nunca crecen, al punto de transformarse en hijos de sus propias mujeres, las consecuencias del machismo árabe son, el revés, mujeres que no maduran, y que tanto la sociedad como las leyes mantienen fuera de la responsabilidad. Los hijos son responsabilidad de los hombres. No existen hijos abandonados ni hombres que bromeen sobre su responsabilidad respecto de sus muchos hijos. Y agrega: ... el machismo árabe resulta menos dañino que el de México, donde el hombre tiene todos los derechos, sin los deberes que deberían acompañarlos.⁴

Aquí sobreviene una sospecha: aunque en las aseveraciones de Antaki hay muchos elementos de verdad, pareciera ser que ella se deja llevar por impresiones puramente subjetivas, no muy reflexio-

nadas. Cabe entonces preguntar: las características atribuidas a árabes, mexicanos, chinos o noruegos, ¿existen en la realidad o son imputadas? Es claro que quien es mexicano o chino lo es no sólo porque las leyes mexicanas o chinas así lo determinan, sino porque se crearon en ambientes determinados, en el marco de tradiciones históricas específicas, ubicados en el seno de culturas particulares, etcétera. Sin duda, un mexicano es diferente a un chino, y ello obedece a trayectorias históricas diferentes. Pero también es cierto que determinados rasgos y complejos culturales que los nacionales de un país efectivamente poseen pueden ser universalizados y convertidos en estereotipos.

Así, el amor al dinero y a las ganancias económicas que tienen los estadounidenses hacen creer a muchas personas que la gente nacida en los EE.UU., es en general individuos que se esfuerzan toda su vida por parecerse a *Rico Mc Pato* o a *Henry Mc Dollar*. En los propios Estados Unidos se ha difundido profusamente una imagen de los mexico-americanos que no siempre es comprobada en los hechos. Así, por ejemplo, Octavio I. Romano, refiriéndose a una tesis de William Maosen, indica que éste opina que los mexico-americanos son quienes generan sus propios problemas, y es por ello que son los peores enemigos de sí mismos. Ello se debe a que aprenden parcialmente las culturas tradicionales de sus padres. Por ende, sus padres son sus peores enemigos.⁵ Se señala también que una de sus desventajas (handicaps) es su ligazón persistente con las normas culturales mexicanas más que



con las estadounidenses. Entre otras cosas, ello conduce a que se satisfagan con las cosas tal como están”.⁶

Creo que en términos generales la cultura estadounidense es más dinámica y propugnadora de las innovaciones que cualquiera otra en el mundo. Se proyectan al futuro, y los mexicanos ven hacia el pasado, según Octavio Paz. Pero de estas características generales difícilmente se desprende que todo estadounidense sea alguien como Edison y que todo mexicano sea un soñoliento campesino pleno de nostalgias y amor al terruño. Las identidades de los mexicanos, como las de los estadounidenses, son resultados de procesos; se constituyen, varían, se transforman, tienen estabilidades relativas, se hallan sometidas a múltiples influencias y contradicciones. Por ello es que no es nada fácil tener un concepto acerca de la identidad. En todo caso, el concepto tendría que ser una parte orgánica de una explicación lo más precisa posible acerca del proceso identitario.

La validez de un concepto radica en su correspondencia con el modo de existencia que representa; es la síntesis en la cual se expresan los conocimientos adquiridos acerca de la actividad de un proceso objetivo, de una relación entre procesos o de una conexión interna de los procesos universales.⁷ En este sentido, el que la construcción de un concepto sea una empresa muy difícil no es un pretexto para desechar la necesidad de su elaboración; *No me gusta la palabra identidad –decía Octavio Paz en 1993-. Aún menos la frase de moda: ‘búsqueda de la identidad’. Lo que llamamos identidad y que antes, con mayor propiedad, se llamaba el carácter, el alma o el genio de los pueblos, no es una cosa que se pueda tener, perder o recobrar. Tampoco es una sustancia ni una esencia. América Latina no es ni un ente ni una idea. Es una historia, un proceso, una realidad en perpetuo movimiento.*⁸ Pero el que una realidad sea elusiva no significa que no pueda ser conceptualizada. Sin embargo, Paz tiene razón cuando indica que la conceptualización puede dar al traste con la comprensión de la realidad (en la medida, pensamos nosotros, en que no se dé esa correspondencia con *el modo de existencia*). Es por ello que Paz desconfía de la palabra *mexicanidad*, al respecto, declaraba que: *...mexicanidad es una palabra que evito. Me parece sospechosa. Encierra en una cárcel de conceptos y adjetivos a una realidad en movimiento.*⁹

Pero la sociedad no existiría si de alguna forma u otra no existieran las identidades más o menos estables. La persona se ne-



cesita a sí misma como marco de referencia, no puede dejar de ser para convertirse en quien sabe qué. El problema actual es que pareciera que entramos a una época en la cual el piélagos de identidades que caracterizan a los grupos humanos se transforma por vías muy trastornadoras, en donde muchas culturas étnicas y nacionales desaparecen (y otras emergen o se revitalizan). Muchos analistas sostienen que si bien las sociedades contemporáneas se destacan por sus poderosas tendencias a los cambios en múltiples esferas de la sociedad (en especial, los cambios en el terreno de la tecnología), existe un elemento *estable*, que no sería otro que la propia naturaleza humana; la estabilidad de este elemento ha intentado ser demostrada por nuevos avances en determinados campos, como, por ejemplo, la sociobiología, algunas ramas de las ciencias sociales, algunas corrientes de la psicología y del psicoanálisis y otros.

El concebir a las identidades como algo fijo, recurrente y resistente a los

cambios posibilita que se las considere como ligadas a un sustrato orgánico, biológico. Pero es claro que los componentes de la *raza* humana, si bien pertenecen a la misma especie, tienen enormes variaciones en sus conductas y comportamientos, en sus culturas. Y son las bases culturales las que producen esas diferencias. Como indica Marvin Harris:

El concepto de personalidad básica (Harris llama así a los rasgos culturalmente definidos que se espera caractericen generalmente a los miembros de un grupo social) no debe oscurecer el hecho de la gran variedad de personalidades que existen en cada sociedad, tanto mayor cuanto más compleja, poblada y estratificada sea aquella. En todas las sociedades hay muchos individuos cuyas personalidades se desvían ampliamente de la moda estadísticas (tipo más frecuente), y las varianzas y variedades de personalidades individuales producen extensos solapamientos entre distintas culturas. Y en adición indica: "se sabe muy poco sobre la varianza de la personalidad en diferentes sociedades. No obstante, es cierto que las poblaciones complejas de nivel estatal integradas por millones de personas exhiben una enorme variedad de tipos. Además, cuanto más complejos son los criterios empleados para definir la personalidad básica, mayor es la probabilidad de que el tipo de personalidad modal se halle en relativamente pocos individuos. Anthony Wallace (1952) empleó 21 dimensiones de la personalidad básica entre los iroqueses y descubrió que el tipo modal solo era compartido por el 37 por 100 de la muestra."¹⁰



En términos generales, se puede establecer que los seres humanos están determinados en sus conductas por las características de los sistemas socioculturales en que se inscriben, más que por sus rasgos biológicos. Sin embargo, no se debe subestimar el papel del sustrato orgánico en la conducta humana, su pena de caer en el reduccionismo sociologista. Las estructuras anatomo-fisiológicas, el instinto de defensa y autopreservación, el de agresión, los instintos de eros y tánatos (considerados metafísicos por muchos psicólogos), el narcisismo, etcétera, tienen una evidente importancia en el desarrollo humano. Sin embargo, los seres humanos son, ante todo, entes culturizados, humanizados por la cultura. Según Claude Levy-Strauss, todo lo que es universal en el hombre corresponde al orden de la naturaleza y se caracteriza por la espontaneidad; todo lo que está sujeto a una norma pertenece a la cultura y presenta los atributos de lo relativo y lo particular.

Por otro lado, la cultura humana tiene una gran multitud de expresiones particulares (*las particulares*): Pero, en contra de lo que pudiera sostenerse, las culturas singulares siempre han estado en contacto, aún la más aisladas. Por otra parte, en concordancia con lo que Harris afirma, ni en las culturas con mayor grado de homogeneidad existe la uniformidad de los seres que participan de ellas. Paul Radin escribió un libro fundamental en la Antropología, titulado El hombre primitivo como filósofo, en donde señala que entre los llamados primitivos la heterodoxia no es algo tan extraño o fuera de lugar.

Las culturas particulares son *complejos*, conjuntos de rasgos y elementos relativamente articulados que conforman totalidades en ocasiones muy consolidadas, en otras con tendencias disgregantes y contradictorias, y deben ser estudiadas en sus marcos históricos específicos. Los *portadores* de estas culturas desarrollan sus identidades en cuanto tales, poseen éstas porque tienen una relación de filiación con tales culturas, a la vez que las *paren*, las re-crean y desarrollan. Pero es claro que desde la aparición de los seres humanos en el planeta, éste se ha configurado como un escenario en donde los movimientos son incesantes; los hombres se desplazan, y con ellos sus culturas. Según el demógrafo Kingsley Davis, dos factores provocaron las migraciones en tiempos remotos: en primer lugar, gracias a sus herramientas y a su lenguaje, los seres humanos pudieron adaptarse a condiciones diferentes de vida sin tener que aguardar a que la evolución los



hiciera adecuados para un nuevo habitat; en segundo lugar, a medida que crecían las poblaciones, las culturas comenzaron a diferir, y se desarrollaron las desigualdades entre los grupos.¹¹

Históricamente, muchos grupos de población se han movido, se han desplazado. Ecosistemas y ambientes, al ser explotados, sufren desgastes que obligan a la movilización humana. En otros tiempos, poblaciones como las de los bosquimanos han dominado áreas mucho más extensas que aquellas en las cuales se asientan actualmente. Muchos grupos, debido a la expansión colonial y a las guerras de conquista, se han visto obligados a ubicarse en zonas cuasi estériles, en verdaderas *Regiones de Refugio*, como las llama Gonzalo Aguirre Beltrán.

Pero, es claro, por otro lado, que individuos con culturas diferentes han estado en contacto históricamente pero también han recurrido a la confrontación. Los seres humanos se han desarrollado en espacios –tanto en el sentido

territorial como en el espiritual- en *nichos*, en ambientes físicos y sociales en donde han generado y desarrollado mecanismos y formas de adaptación a las circunstancias donde se desenvuelven, hábitos, costumbres, etcétera, que proporcionan cierta estabilidad y seguridad, y que son la base de confirmación de identidades. El psicoanálisis y otras corrientes de la psicología han demostrado que lo que se denomina *carácter* es algo que se fija desde épocas infantiles; la socialización temprana es la que se implanta con mayor eficacia. Y aquí nos encontramos con uno de los fundamentos de las contradicciones culturales contemporáneas.

Hoy está de moda señalar que las culturas e identidades se trasladan, interactúan, devienen *híbridas*, se mezclan, se conjugan. También se alea que ante la globalización muchas culturas desaparecen, entre otras cosas, porque son *disfuncionales* ante los requerimientos del mundo moderno. Pero estos fenómenos tienen su contraparte: la época actual es la de los fundamentalismos y el reforzamiento de las identidades, de las resistencias étnicas, de los movimientos *nacionalitarios*, de los combates arduos y porfiados por preservar las tradiciones. Existen movimientos que atacan y golpean a la diversidad cultural presente en el planeta, mientras que otros hacen que ésta se mantenga e incluso la profundizan.

Ciertamente, la globalización oligopolica tiende a uniformar culturalmente a las sociedades actuales, mientras que los *globalifílicos* –que en realidad se oponen a un tipo de globa-



lización— tienden a apoyar la multiplicación de opciones culturales. Alguien podría preguntar: ¿Y quién va a ganar? Es difícil proporcionar una respuesta a corto plazo, pero la propia complejidad del mundo contemporáneo, la presencia de poblaciones con sustratos culturales muy diversos y trayectorias en sus recorridos históricos, las nuevas contradicciones del mundo actual, hacen casi imposible que llegue a predominar la uniformidad cultural, pese a la fuerza notoria de la globalización oligopolica.

Por lo demás, es evidente que en los procesos de socialización actuales las ideologías dominantes siguen siendo pivotes básicos. Pensamos que Marx no se equivocó cuando señaló que en una sociedad la ideología dominante es la de la clase dominante. Y en una sociedad *global* también. Y tal como plantea Chomsky, en el periodo moderno, los medios y la televisión son los que presentan una imagen de la vida tal como habría que vivirla según el punto de vista de los que

mandan. Todos deberíamos ser consumidores felices, y consumir lo más posible. *Pero a nadie le interesa, claro*, si tienes que luchar en el trabajo; tus problemas existenciales quedan para ti al final del programa.

Pero quienes imponen una ideología no actúan en el vacío. Por lo general, la tienen que imponer a sociedades ya formadas y constituidas en las que ya se han sedimentado otros pensamientos, otras ideas, otras prácticas, otras costumbres. Obviamente, el arraigo de antiguas ideologías obstaculiza la implantación de las nuevas, aunque en varios aspectos les puede facilitar su implantación al ser refuncionalizadas por las segundas. Habría que preguntarse si la globalización actual comporta la imposición de un modelo hegemónico o se refiere a una intensificación de interacciones culturales entre múltiples países de entre los cuales ninguno tiene una supremacía cabal, definida y definitiva.

Notas

¹Cit. por Armando Bartra, “Teoría y práctica del racismo. Plantaciones y monterías en el Porfiriato.” En *Ciencias*, octubre 2000-marzo 2001, números 60-61. UNAM, México, p. 78.

²Cit. por Manuel M. Marzal, *Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú*, Ed. Arthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, México, p. 380.

³Francisco Javier Guerrero, “Identidad Nacional y Norte de México” en Lourdes Arizpe y Ludka de Gortari (comps.), *Repensar la nación:*



fronteras, etnias y soberanía, cuadernos de la Casa Chata, número 174. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1990, pp. 145-146.

⁴Ikram Antaki, *La cultura de los árabes*. Siglo veintiuno editores, México-España, 1989, pp. 18-19.

⁵Octavio Ignacio Romano, "The Anthropology and Sociology of the Mexican American: The distortion of Mexican American History" en *El Grito: A Journal of Contemporary Mexican American Thought* II, número 1, otoño de 1968, pp. 13-26.

⁶Véase Carlos Muñoz, "Toward a Chicano Perspective of Political Analysis", *Aztlán*, otoño de 1970, Vol. 1. número 2. University of California, Los Angeles, U.S.A., 1971, p. 19.

⁷Eli de Gortari, *Introducción a la Lógica Dialéctica*, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 1974, p. 91.

⁸Entrevista con Octavio Paz, *Vuelta*, número 195. Febrero de 1993, p. 30.

⁹Ibid.

¹⁰Marvin Harris, *Introducción a la Antropología General*, Alianza Universidad, Madrid, 1981, pp. 499-500.

¹¹National Geographic, Octubre de 1998.